

tarde profesor de latín en el Seminario Congre-
 giat, en cuyo cargo duró siete años, y cuando se ha-
 bo entregado en otras manos hizo dos viajes a Euro-
 pa con el fin de perfeccionar sus conocimientos, ob-
 teniendo en Roma, durante el segundo, el título de
 Misionero Apostólico Honorario y otras muchas pre-
 siones.

A su regreso fué nombrado Capellán del aristocrá-
 tico templo de San Bernardo, pasando después a res-
 taurar el de Portaceli, que hacía como diez y ocho
 años estaba convertido en hodega, y el cual á la pre-
 sente es uno de los más elegantes y bien ornamenta-
 dos de la Capital; señaladamente sirve la Capellania de
 Santa Teresa, que también está reponiendo.

Ha fundado varias asociaciones religiosas como
 son la "Corte de Damas de Nuestra Señora de Guadalupe",
 establecida durante su permanencia en San
 Bernardo; la "Asociación de Santa Mónica de Madres
 Católicas" en Portaceli, en donde levantó un altar
 en honor de la Santa Patrona, y por último, en San-
 ta Teresa, la "Archicofradía de la Preciosa Sangre".

El hábito y caritativo con los miserables, y con
 particularidad con los enfermos, se ha captado las
 simpatías de todos cuantos lo conocen, que como nos
 otros, hacen votos al Altísimo por su eterna felici-
 dad.



carigan en el fatigoso camino de la disolución al ma-
 ritar esas resplandecientes pendientes; y si se encuentran re-
 legados de los favores del destino, pueden con santa
 resignación soportar los reveses de la fortuna y ha-
 cer de ese modo más suave el yugo del infortunio.

Las fatigas de la divinidad que germina en nues-
 tros corazones desde que empezamos a tener uso de
 razón, es lo que se llama Religión, y este título su-
 plime que nos anima y nos anima para soportar los
 rudos embates de la vida, y el dolor de los huma-
 nos, el más precioso e inestimable.

Por eso es que la Religión es la que nos lleva a las
 alturas como el oxígeno a los pulmones.

SR. PBRO.

DON LINO LAGUNA

CURA DE IXTAPALAPA, D. F.

La Religión es el foco de brillante Luz que ilumina las tortuosas sendas de la existencia.

Es la planta llena de sávia y vigor que tiene frutos para todos los que anhelan alimentarse de ella.

Es la fuente de bienes que nunca agota su cauce y siempre está pronta á apagar la sed de los que se acercan.

Es, en fin, la brújula que nos marca el camino mejor que hemos de seguir á todos los que surcamos el mar borrascoso é insondable de la vida.

Por eso es que todos los que se hallan albergados bajo su manto, son felices en todas las épocas de su carrera por el mundo, porque si la prosperidad los ha colmado de favores, la Religión los hace sóbrios y moderados, y este comportamiento filosófico los equilibra de una manera favorable, á fin de que no

caigan en el fangoso cieno de la disolución al atravesar esa resbalosa pendiente; y si se encuentran relegados de los favores del destino, pueden con santa resignación soportar los reveses de la fortuna y hacer de ese modo más suave el yugo del infortunio.

Esa intuición de la divinidad que germina en nuestros corazones desde que empezamos á tener uso de razón, es lo que se llama Religión, y este fluido sublime que nos anima y nos alienta para soportar los rudos embates de la suerte, es del manantial de dones con que el Todopoderoso ha dotado á los humanos, el máspreciado é inestimable.

Por eso es que la Religión es tan necesaria á las almas como el oxígeno á los pulmones.

El sér que no tiene religión es un idiota, pues hasta los salvajes conservan en su alma ese respeto profundo y esa veneración inaudita al elemento invisible del cual presumen emana su existencia.

¿Cómo puede llamarse esa tendencia de acatamiento á lo que están muy léjos de comprender?

Religión.

Luego la Religión existe en todos los hombres de las diferentes razas que pueblan el mundo, y aunque con diferentes fases y bajo muy diversos aspectos, no cesan de reconocer un mismo principio y de tener sus tendencias fijas en un solo fin.

Desde el principio del mundo, desde que empezó la existencia de nuestro primer padre, existe también la Religión, pues las relaciones entre el Creador y la criatura, no pueden tener otra significación.

El hombre que había recibido el soplo de la vida

del Hacedor Supremo, hubo de amarle, y ese amor sólo podía traducirlo en alabanzas fervientes. Cuando delinquirió por primera vez, haciéndose acreedor al castigo de su Dios, tuvo que solicitar el perdón de su culpa y esa petición la envió en forma de plegaria. Cuando tenía que pedir algo á su Omnipotente dueño, elevaba su súplica con la oración. La oración, la plegaria y la alabanza formaron el culto que el hombre rendía á Dios.

Ese culto fué reformándose con diferentes fórmulas. Más tarde el hombre enviaba al Increado sus plegarias envueltas en las azules espirales del incienso y otros perfumes, y sus alabanzas transformadas en suaves melodías, acompañadas del místico sonido del órgano del templo. Ya existía un ara donde ofrecer á la Divinidad las ofrendas y holocaustos que se le presentaban en prueba de respeto y gratitud.

Así fueron sucediéndose los tiempos, apareciendo una después de otra las generaciones, y la Religión fué progresando á medida que la civilización iba extendiéndose sobre el mundo. Entonces se levantaron templos magníficos, como el edificado por Salomón, en donde se unían los fieles para elevar su alma, henchida de amor, al Santo de los santos.

Más tarde construyéronse las sinagogas, en donde los doctores de la ley instruían á las masas ignorantes, sobre los deberes que tenían para con sus semejantes y los que tenían para con Dios.

Se inmolvaban víctimas sobre el altar y se consagraban sacrificios á la gloria del Señor.

En esa época de regeneración y progreso para la

Religión, nació Jesús, el Ungido, el Hijo de Dios, el prometido por los profetas.

Estaba escrito que él debía ser el predestinado para instituir el culto verdadero al Dios único. Él tenía que ser el gran sacerdote que inmolará su propia existencia para salvarnos, para redimirnos del anatema y castigos que la culpa de nuestros primeros padres había acarreado sobre nuestras cabezas. Él era el que tenía que consumir el más inmenso de los sacrificios y establecer la Religión más pura, que nos acercara á nuestro Dios. Cristo predicó y revivió la fe en muchos corazones, durante el cortísimo tiempo que duró su tránsito por el mundo. Cristo avivó el fuego ya extinguido del amor á la humanidad en muchas almas. Cristo instituyó la verdad y murió por sostenerla.

Era natural que las sabias doctrinas del divino Maestro fructificaran. Era evidente que la fe, sellada con su sangre, produjera ópimos frutos y como resultado lógico, de su sacrificio emanó que las nuevas doctrinas que él predicaba tuvieran infinidad de partidarios y sostenedores.

Hasta los mismos contrarios de las ideas que propagaba Jesucristo, tornáronse después en sus más acérrimos defensores. Por eso Paulo, el gran impío y perseguidor de los cristianos, se convirtió después á sus creencias y predicó las doctrinas del Salvador, hasta lograr el título glorioso de Apóstol de las gentes.

La Religión llegó, pues, al apogeo de su perfección. Dios se había dignado enviar entre nosotros á su pro-

pio Hijo y así había unido por completo nuestra materia con su divinidad. Su espíritu nos anima, nos vivifica, nos revive, porque está con nosotros en todas partes; de allí proviene que nosotros, es decir, los que creemos, nunca nos sintamos agobiados por el infortunio, porque la fe en Dios y la esperanza de un mundo mejor nos anima, nos ayuda.

Desde el momento en que Jesucristo, rodeado de sus apóstoles, empezó su predicación por todos los pueblos que circunian á la Ciudad Eterna, quedó instituido el Cristianismo.

Murió Jesús, y sus apóstoles se diseminaron por el mundo á predicar su doctrina. Los mártires que espiraron en aras de la bendita causa de la Religión, no fueron obstáculo para su progreso, ántes por el contrario, su sangre fué fructificante y se desarrolló su creencia prodigiosamente. El polvo de las edades fué sepultando continuamente las generaciones, pero la llama de la fe permanecía viva, inextinguible, en los corazones, y se iba trasmitiendo de los que espiraban á los que nacían sucesivamente.

Al fin, á costa de prolijos afanes logróse consolidar la paz en favor del Cristianismo; cesaron las persecuciones; la sangre de los mártires ya no regaba la arena de los circos; la impiedad limitóse á esgrimir las armas de su erudición, y abandonando los cristianos el oscuro fondo de las catacumbas, empezaron á levantar iglesias. El sacerdocio comenzó á desarrollarse y los ministros del Señor se multiplicaron extraordinariamente.

Los sacrificios de sangre fueron sustituidos por el

sacrificio santo de la misa, á donde se inmola al verdadero Dios convertido en pan y vino. La predicación ya es libre y todo cristiano puede escuchar la palabra de Dios y afirmar sus creencias, sin tener por ello el más ligero riesgo, como en la antigüedad, de ser víctima del furor de los herejes.

El sacerdote puede satisfactoriamente cumplir el sagrado cometido que se ha impuesto, sin tener por ello que temer más que las calumnias de los impíos, las cuales quedan deshechas y reducidas á la nada, probando con la evidencia que no es verdad lo que declaman.

Estas pruebas se dan poniendo ejemplos palpables, y á este fin nos hemos propuesto escribir esta obra en la que figurarán todos los ministros del Dios único y verdadero, que por su esclarecido talento ó por sus virtudes sean dignos de servir de ejemplo á las nacientes generaciones.

El que ahora nos ocupa es uno de esos modelos de mansedumbre y caridad que tanto lustre dan con su modestia á la agrupación preclara á que pertenecen.

Bajo el azul cielo americano, en cuyo apacible y sereno fondo osténtase el astro rey en toda la plenitud de su majestad, y en la templada estación del Estío, en la que se desarrolla con esplendor la rica y exuberante naturaleza de nuestro suelo, nació el niño Lino Laguna, fruto del amor santo y sincero del Sr. D. Juan Laguna y de la virtuosa Sra. D.^{ca} Prisca Saviñana.

Era el 23 de Septiembre de 1859, día feliz en que los amantes esposos, olvidándose del vaiven de los

habitantes de la populosa ciudad de los palacios, sólo se entretenían en dar gracias al Creador porque les habia concedido ser padres de un sér que quizá más tarde sería el apoyo de su vejez.

El día 24 del mismo mes y año, era conducido el tierno vástago á la parroquia del Sagrario Metropolitano, por el Sr. D. Jesús Camino y la Srita. D.^{ca} Mariela Vargas, para que recibiera las santas aguas del bautismo, que le fueron ministradas por el señor Pbro. Sollano, cura párroco de esa feligresía en aquel tiempo.

Cuando apenas el niño Lino contaba seis meses de edad, el Sr. Juan Laguna, su padre, dispuso que dejaran esta Capital y se fueran á radicar á San Marcos, Tula, Estado de Hidalgo, donde habia comprado una finca rústica, rodeada de un bosque de fresnos, lugar á propósito para educar á su tierno hijo en los principios de una sana moral.

Allí se deslizaron los primeros años de su vida, aspirando las perfumadas brisas del campo y tratando con la gente sencilla y bondadosa de la aldea, léjos del bullicio de los corrompidos y perversos habitantes de la Capital.

Así como en los centros de las grandes ciudades todo se vuelve falsía y doblez, de la misma manera en los pueblos todo es franqueza y sinceridad, y quizá eso contribuye en gran parte al carácter apacible, espontáneo y bondadoso, que adorna en la presente época á nuestro biografiado.

Después de haber hecho sus estudios primarios en el pueblo de San Marcos, á la edad de trece años in-

gresó en el Seminario Conciliar de esta Capital, del que era entonces Rector el P. D. Román Terán, de la Compañía de Jesus, por indicación del Sr. Obispo *in partibus in fidelium*, Fr. Ramón Moreno de San José, cura en aquel tiempo de la feligresía de Tula.

Allí estudió primer año de Latinidad bajo la dirección de los Padres Molina é Ibarraz; segundo año de idem bajo la de los Padres D. José M. Cobos y Br. D. Mariano Garduño; Lógica y Metafísica á cargo del Sr. Canónigo D. Pablo de Jesus Sandoval; Matemáticas á la del mencionado Br. D. Mariano Garduño; Física, con el profesor Sr. Mier y Terán; cuatro años de Teología Dogmática con la sábia dirección del Sr. D. Domingo Baríniga y Rementería, con quien también estudió Historia Eclesiástica; Sagrada Escritura y Teología Moral se las enseñó el Sr. Pbro. D. Samuel Argüelles.

A los veintiun años recibió el Subdiaconado de manos del Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, finado Arzobispo de México, en la iglesia de la Concepción; y en la misma recibió del citado Ilustrísimo Prelado el Diaconado á los veintitres años de edad y el Presbiterado cuando contaba veinticuatro.

A la misma edad, y siendo entonces Subdiácono, obtuvo, por orden de la Sagrada Mitra, sucesivamente las cátedras de primero, segundo y tercer año de Latinidad en el Seminario Conciliar. Desempeñó más tarde el puesto de Catedrático de Teología Moral, y siendo ya Presbítero, tuvo á su cargo la Prefectura del Colegio Menor por espacio de tres años, siendo

más adelante Prefecto del Colegio de Bachilleres, hasta Enero de 1892 en que, por orden de la Sagrada Mitra, pasó á servir la parroquia de Ixtapalapa, Distrito Federal.

En el cortísimo tiempo que lleva de servir esa feligresía, tiene emprendidas varias mejoras materiales y espirituales, de las cuales auguramos buen término, pues con su carácter apacible ha logrado captarse en poco tiempo las simpatías de los habitantes de aquel pueblo; y estamos seguros que le ayudarán en cualquier obra que emprenda, siendo una de las proyectadas por él, el embellecimiento del Santuario del Señor de Ixtapalapa y la reposición de ese templo, al cual piensa mandar edificar torres y retocar los frescos de gran mérito que tiene en las bóvedas de las naves y cúpula.

Verdaderamente deben estar satisfechos los feligreses, de que la Sagrada Mitra les haya enviado un pastor que los guiará con sus sabios consejos por la senda de la civilización y del progreso, tanto material como espiritual.